

“El espíritu de oración es el rasgo distintivo de la Recolección”

OAR / Miguel Miró

Entrevista al padre Ángel Martínez Cuesta con motivo del Aniversario de la Recolección (5 de diciembre de 2009)

PRIMERA PARTE

1. - ¿Que sentido tiene el 5 de diciembre para los agustinos recoletos?

El recuerdo del nacimiento agrada y ayuda a crecer. Y esto vale tanto para las personas concretas como para los grupos sociales. Suscita o, mejor dicho, resucita ideas, sentimientos y aspiraciones que constituyen nuestra entraña, liberándolas de la cárcel del olvido o de la marginación. En nuestro caso son las ideas que pusieron en marcha y dieron vida a nuestra orden, a nuestro modo de vivir. En este sentido conviene recordar que nuestras primeras leyes no se cobijaron bajo una denominación de inequívoco sentido legal, como podría ser la de Regla o Constituciones, sino que adoptaron una expresión más ligada al discurrir de la existencia: *Forma de vivir*.

Entre nosotros, esa fecha merece un relieve todavía mayor. Es, con el texto de la *Forma de vivir*, la cosa concreta que con más fuerza nos liga a los orígenes. No tenemos un fundador, con quien medirnos y compararnos. Ni una casa solariega que nos permita recrear los espacios vitales de nuestra infancia. Pero tenemos una data bien definida en que unos cuantos agustinos, deseosos de mayor perfección, deciden inaugurar una forma de vivir distinta, que no tardarían en plasmar en un escrito al que dan precisamente el título de *Forma de vivir*.

Por desgracia, la orden ha vivido siglos de espaldas a esa fecha. No saltó al proscenio ni siquiera durante la celebración de los diversos centenarios de su fundación. Y el olvido de la fecha trajo consigo otro olvido más grave: el de lo que en ella el Espíritu Santo sugirió a aquel grupo de agustinos deseosos de más perfección.

Sólo a mitad del siglo XX escaló de repente el primer plano de la orden, empujado por los estudios del padre Jenaro Fernández y el entusiasmo del padre Eugenio Ayape. Durante la preparación del *Bullarium* de la orden Jenaro vio con claridad que el acta 5 del capítulo de Toledo había sido compuesta el día 5 de diciembre de 1588 y no dudó ver en ella nuestra acta de nacimiento, el *dies natalis Recollectionis Augustinianæ*, como él escribiría en el *Bullarium* (vol. I, 37).

El «descubrimiento» quizá hubiera quedado enterrado en las notas latinas de un librote de más de 600 páginas, si el general de la época no lo hubiera promovido. Desde el primer momento Ayape vio en el *descubrimiento* del acta y

de la *Forma de vivir* un precioso apoyo a su programa de gobierno, todo él centrado en la recuperación y fomento de los aspectos más válidos de su carisma, es decir, la interioridad y la vida común. Inmediatamente mandó traducir al latín la *Forma de vivir* y aprovechó la publicación de la *Ratio Institutionis*, un documento que abarcaba el ciclo completo de la formación de los religiosos en sus vertientes doctrinal, espiritual, apostólica y agustino-recoleta, para declarar al día 5 como «dies natalis ordinis» y ordenar que se celebrara como tal en todas las casas de la orden.

2. - ¿Cuáles son las notas características de la recolección agustiniana?

La Recolección nace en un clima de esplendor, de alta tensión espiritual, en un tiempo en que es general el deseo de señalarse en el servicio de su señor. En perfecta consonancia con ese clima, del que eran hijos, nuestros padres quisieron que el primer rasgo de sus discípulos fuera la aspiración a señalarse en el servicio de Dios. Nada menos que tres veces estampan la palabra *perfección* en las once líneas escasas que componen el primer párrafo de la *Forma de vivir*. Esa perspectiva enlaza a las mil maravillas con el ideal de san Agustín y también con las fuentes más genuinas de la vida religiosa. Un reciente capítulo provincial lo ha recordado con fuerza y belleza al escribir en su mensaje a los religiosos que «la vida del agustino tiene que estar en continuo movimiento, en búsqueda incesante, como una flecha disparada hacia Dios y que no descansa hasta no alcanzar el blanco». Y añadió que ese blanco nunca se alcanza del todo, porque es inmenso. La insatisfacción con lo que se es y se posee y la aspiración a lo que todavía no se es ni se posee mueven la historia humana y están detrás de toda historia de excelencia en la vida de la Iglesia. Desde luego dirigió la vida de Agustín, que se mantuvo siempre fiel a la sentencia que él mismo estampó en el opúsculo *La verdadera religión* 41,78—«Nadie está bien, si puede ser mejor»—, y también la de nuestros primeros recoletos, gente radical e insatisfecha: «*amantiores perfectionis monasticæ*» —más amantes de la perfección monástica.

Junto a esa actitud primordial, que impregna la *forma de vivir* de principio a fin, brillan en ella el deseo de una profunda vida interior, el amor a la vida común, y un pronunciado ascetismo.

La primera se manifiesta tanto en el aprecio de la oración mental y del silencio como en la organización de la jornada de las comunidades. La comunidad recoleta es una comunidad atenta al huésped divino que habita en ella, al maestro que habla en el interior de cada uno de sus miembros; es una comunidad *recogida*, el adjetivo en el que se ha cifrado la espiritualidad española del siglo XVI; es una comunidad que huye de la dispersión, de la bullanguería y de la superficialidad.

El amor a la vida común o vida fraterna en comunidad, como se dice ahora, convirtió a Agustín en fundador. Convocó a amigos y discípulos para que vivieran juntos, compartieran bienes materiales y espirituales, fueran complacientes unos con otros y respetaran mutuamente su individualidad e incluso sus hábitos y debilidades. La comunidad era para él un campo privilegiado para cumplir con plenitud el precepto de la caridad, que es lo único que realmente le preocupaba,

porque, como escribiría en su libro *De moribus Ecclesiae*, donde hay caridad todo es pleno y donde falta todo es vano. Los recoletos también la tienen en gran estima. Quieren que siempre reine entre ellos la paz y la armonía, signo y efecto de la presencia del Espíritu entre ellos y a la vez tarea, junto con el culto divino, preferente de la comunidad. Para lograrla echan mano de dos clases de medidas. Unas, de carácter negativo, tratan de liberarla de los escollos en que más a menudo suele naufragar. Son el peculio, polilla de la vida religiosa, y los títulos, las diferencias, las exenciones y privilegios no exigidos por una necesidad real del religioso particular o de la comunidad en general. Otras, como los paseos por el campo, las recreaciones comunes, cuya duración equivale a la de la oración, la igualdad y sencillez del trato, la preferencia por comunidades más bien pequeños, tratan de fortalecerla y darle un tono más evangélico. La costumbre, sancionada por el padre general en los mismos días del capítulo toledano con una discutible apelación al magisterio paulino, —«no se debe a todos el mismo honor, sino a cada uno según su mérito y puesto»—, había introducido en las comunidades castellanas multitud de exenciones y privilegios de tinte mundano que desdecían de la fraternidad evangélica y perturbaban el clima fraterno que debe presidir las relaciones humanas en un convento agustiniano. La *Forma de vivir* reacciona fuertemente contra estos abusos con una norma que llama poderosamente la atención por su radicalidad: «Mandamos que el tratamiento, así de los prelados como de los súbditos, sea igual en todos y en todas las cosas, sin excepción ni diferencia en la comida, en el vestido, en la celda y en la autoridad».

El ascetismo se materializa en una serie de normas prácticas que envuelven la vida entera del individuo y de la comunidad: abundancia de ayuno y disciplinas, tosquedad de edificios, celdas y vestuario, pobreza real de las comunidades y e individuo. Éste es un mensaje duro que pocos están dispuestos a escuchar en un mundo dominado por una antropología humanista olvidada de la trascendencia y del pecado original. Y además no todas sus fuentes son evangélicas. Para hacerlo mínimamente atractivo quizá convenga reducirlo a una sola palabra, que podría ser la palabra sobriedad. La sobriedad podría ser el nombre actual de la ascesis y el antídoto cristiano contra el consumismo que tanto se depreca, pero que con tanto afán se persigue. La sobriedad temple el carácter y dispone el alma a la oración y a la lucha. No sin razón afirmaba Agustín que quien no se abstiene de cosas lícitas está cerca de caer en las ilícitas: *qui enim a nullis refrænat licitis, vicinus est et illicitis* (*De utilitate ieiunii*, 5, 69). Uno de los más autorizados intérpretes actuales del pensamiento agustiniano, a pesar de ser muy consciente de las insidias que encierra, escribió hace unos años que la vida religiosa —también la agustiniana— exige ascesis. Incluso ve en la ascesis uno de los pocos rasgos que permiten identificar al religioso en el mundo de hoy (T.J. VAN BAVEL, *The Basic Inspiration of Religious Life*, Villanova 1996, 123-25).

Juan Pablo II creía que la ascesis «es indispensable a la persona consagrada para permanecer fiel a la propia vocación y seguir a Jesús por el camino de la Cruz» (*Vita consecrata*, 38). Purifica y transforma la existencia de «las personas consagradas» y de las comunidades religiosas. Las libera «del egocentrismo y la sensualidad» y las capacita para dar «testimonio de las características que reviste

la auténtica búsqueda de Dios, advirtiendo del peligro de confundirla con la búsqueda sutil de sí mismas o con la fuga en la gnosis»¹. En otro número de la misma exhortación afirma que el empeño ascético «es necesario para dilatar el corazón y abrirlo a la acogida del Señor y de los hermanos»². También Benedicto XVI ha insistido en la necesidad de la ascética y en su inseparable conexión con la mística, al punto de no ser posible la una sin la otra. Así acaba de expresarse en carta al rector mayor de los salesianos del 1 de marzo de 2008: «No puede existir una mística ardiente sin una ascesis robusta que la sostenga», afirmó en marzo de 2008 en un discurso dirigido a los miembros de un capítulo general, «y, al revés, nadie está dispuesto a pagar un precio alto y exigente si no ha descubierto un tesoro fascinante e inestimable. En un tiempo de fragmentación y fragilidad como es el nuestro, es necesario superar la dispersión del activismo y cultivar la unidad de la vida espiritual a través de la adquisición de una profunda mística y de una sólida ascética. Esa adquisición alimenta el empeño apostólico y es garantía de eficacia pastoral»³. Poco más adelante añadía que «una vida simple, pobre, sobria, esencial y austera» ayuda a robustecer su respuesta vocacional y a afrontar las insidias de la mediocridad y del aburguesamiento y a hacerlos más cercanos a los menesterosos.

Nunca se han celebrado tantas asambleas sobre la vida religiosa como hoy; nunca se han barajado en torno a ella tantas ideas, a menudo hermosísimas; quizá nunca se ha prodigado tanto tiempo ni tanto ingenio en analizar sus fundamentos bíblicos, teológicos y psicológicos, ni se ha descrito con tanta claridad sus multiformes manifestaciones a lo largo de la historia. Las causas de que tanto esfuerzo no haya producido resultados particularmente brillantes, son, sin duda muchas y muy heterogéneas. Pero no creo engañarme al individuar una de ellas en el miedo que hoy nos produce cuanto se refiere a la ascesis y, por tanto, la cobardía con que encaramos sus exigencias. La ascesis es un medio del que no se puede prescindir si se quiere que los más hermosos proyectos desciendan del mundo de las ideas y se encarnen en la realidad de cada día.

Hace varias **décadas** describí la perfecta comunidad como una comunidad de amor, nacida y sostenida por la gracia de Dios y consagrada a su servicio; una comunidad de vida sencilla y sobria, en la que todo se pone en común: talentos, afectos del corazón y bienes materiales; en la que no cabe el autoritarismo ni el privilegio, sino que respeta la personalidad de sus miembros y atiende a sus necesidades; una comunidad que vive en diálogo fraterno y confiado, dedica algún

¹ *Ibid.*, 103.

² *Ibid.*, 38.

³ «Non vi può essere un'ardente mistica senza una robusta ascesi che la sostenga; e viceversa nessuno è disponibile a pagare un prezzo alto ed esigente, se non ha scoperto un tesoro affascinante e inestimabile. In un tempo di frammentazione e di fragilità qual è il nostro, è necessario superare la dispersione dell'attivismo e coltivare l'unità della vita spirituale attraverso l'acquisizione di una profonda mistica e di una solida ascetica. Ciò alimenta l'impegno apostolico ed è garanzia di efficacia pastorale»: *L'Osservatore Romano*, 3-4 marzo de 2008, p. 8.

tiempo al trabajo manual y se comunica con la Iglesia local; una comunidad, que, aunque carezca de una misión concreta y determinada, debe estar siempre atenta a la voz del Señor y a las necesidades de la Iglesia. Creo que ése es también el modelo que debe seguir la comunidad agustino-recoleta. Nuestros reformadores del siglo XVI se fijaron más en aspectos como la oración, la comunidad y el ascetismo, pero Espíritu nos ha enseñado, a través de los avatares de la historia, a apreciar aspectos como la apertura eclesial y el humanismo, que nuestros padres dejaron un tanto en la sombra.

3. - Vamos a detenernos en la oración. ¿Qué es la oración para un agustino recoleta?

El espíritu de oración es el rasgo distintivo de la Recolectión, el que mejor la diferencia y define, al menos en sus orígenes. Es también el que le ha dado el nombre. Si en un principio el término recolectión significó soledad, apartamiento, recogimiento, muy pronto pasó a significar repliegue del alma sobre sí misma, interiorización y recogimiento de las potencias del alma. Las casas de los primeros recoletos eran auténticas casas de oración y recogimiento, y sus frailes vivían totalmente entregados a ella. «Todo el ejercicio del religioso», escribió Quiñones, el legislador de los recoletos franciscanos (1521), «ha de ser lección, oración, meditación y contemplación». Y esa norma o, mejor, esa aspiración la recogieron íntegramente las recolecciones que a ejemplo de los franciscanos fueron surgiendo en las demás órdenes mendicantes. Todas ellas vieron en la oración su centro neurálgico, la que dirigía y ordenaba su vida. Al autorizar la erección de la primera casa de los carmelitas descalzos, su general piensa en unos carmelitas dedicados exclusivamente a «decir misas, rezar y cantar los oficios divinos [...], a las oraciones, meditaciones y ejercicios espirituales, de manera que se llamen y sean casas y monasterios de carmelitas contemplativos».

El autor de la *Forma de vivir* comparte esas ideas, pero, como buen agustino, no las coloca en el orden de los medios, sino en el de los fines, que en la vida cristiana siempre es la caridad. Para él la oración es preciosa porque es el mejor alimento de la caridad, y así lo proclama en el umbral mismo del primer capítulo. «Como nuestro blanco es amar a Dios, así nuestro cuidado ha de ser principal todo lo que más de cerca de ello nos enciende, como es su culto y alabanzas, y el uso de los sacramentos y el ejercicio de la meditación y oración». Y no se contenta con esta solemne declaración de principio. Para evitar que sus palabras queden en mera teoría, en la enunciación de un simple deseo, pasa de inmediato a legislar sobre tiempos, lugares y modos de oración. Desde el primer momento deja bien claro que la eucaristía, la liturgia de las horas y la oración mental son los hitos deben enmarcar y ordenar la jornada de la comunidad recoleta. Pero como que esos actos no pueden desarrollar plenamente su potencialidad si carecen un clima adecuado, intenta crearlo con normas precisas sobre el silencio, el retiro en las celdas, la lectura espiritual, el apartamiento de los negocios seculares e incluso sobre las mismas mortificaciones. El recoleto guarda silencio para conservar la concentración y «vacar más enteramente a la oración»; porque «ayuda siempre a la oración y al recogimiento de ánimo, que se

desparrama en lo exterior con las pláticas»; elude los pleitos «por evitar la distracción»; se modera y mortifica en la comida porque «el ayuno y [las] asperezas sirven a la oración, mitigando las pasiones»; y para conservar el fervor intensifica de vez en cuando su recogimiento habitual retirándose a las ermitas que debe haber en todos los conventos, prolonga el noviciado con otro año de recogimiento y al final de los estudios eclesiásticos retempla su espíritu con un nuevo año de retiro.

Los capítulos de 1601 y 1602 siguen viendo en la oración la columna vertebral de la vida común. Incluso mandan que se le dedique más tiempo e inventan nuevas modalidades, como la oración continua en los noviciados y el retiro anual durante ocho días en una celda para ocuparse «solamente en el bien de su alma y en disponerse para cuidar de las cosas del servicio de Dios» con más fervor. En 1604 el consejo provincial autoriza la fundación del Desierto de La Viciosa, con sus seis ermitas, en el que los religiosos podrán instaurar un sistema de vida plenamente orientado al silencio, «la oración y lección, que es lo principal».

La *Forma de vivir* no quiso descender a disposiciones concretas sobre lugares, temas y métodos. Todo eso lo dejó al libre albedrío de los religiosos. Pero esa «libertad» fue de breve duración. En diciembre de 1601 el «capítulo de las cuatro cabezas» ya mandó que «se hiciera en comunidad». En los años siguientes el avance del legalismo redujo la oración a un rito perfectamente estructurado, en el que poco quedaba de la antigua libertad. El ceremonial de 1664 mandó que se hiciera en comunidad, en el coro o en la iglesia, de rodillas y sobre textos breves de Luis de Granada (1504-1588), Antonio Molina (1550-1612) o el recoleto Agustín de San Ildefonso (1585-1662). Por la mañana la meditación trataba de «la vida, pasión y muerte de Jesucristo nuestro redentor y, por la tarde, de las miserias humanas y de las postrimerías del hombre». En teoría ese ceremonial siguió en vigor hasta 1928, pero en la realidad sus prescripciones, tanto en éste como en otros muchos puntos, perdieron vigencia mucho antes.

Las comunidades de Talavera de la Reina, Portillo, Nava del Rey, Madrid y otras fueron durante sus primeras décadas centros de intensa vida contemplativa. Sus moradores eran hombres hambrientos de Dios, almas enamoradas de la oración, que no se contentaban con las seis horas que imponían las leyes. No pocos pasaban otras del día y de la noche arrodillados ante el Santísimo, encorvados sobre algún crucifijo o absortos en la contemplación de las cosas celestiales. Para enfervorizarse más aún, se fijaban metas cada día más altas o «se desafiaban unos a otros con públicos carteles» (*Crónicas* 1,156).

Este clima de exaltación espiritual explica la abundancia de almas contemplativas que florecieron en los claustros recoletos durante los primeros decenios de su historia. Recuerdo tres nombres. El hermano Alonso de Guadalupe († 1613), primer novicio de El Toboso, fue un alma enamorada de la cruz, de la que ni en sueños acertaba a separarse. Juan de la Magdalena (1583-1657) fue otro hermano desasido de todo lo mundano, que lo mismo se extasiaba ante una flor del campo que en los palacios de Roma, Madrid o Nápoles, donde la obediencia le

obligó a vivir gran parte de su vida. De Juan Bautista Coronas (1579-1621), maestro de novicios en Zaragoza, se afirma que «su vida fue una oración continua [...] Después de maitines estaba en contemplación tres horas en verano y cuatro en invierno, desahogando en suspiros los grandes afectos que no cabían en su corazón» (*Crónicas 2*, 12).

A mediados del siglo XVII el clima comenzó a cambiar. El enfriamiento del fervor fundacional, la caída de la tensión religiosa en la sociedad y las exigencias del apostolado, cada día más intenso, fueron los principales agentes de ese cambio, que se tradujo inmediatamente en un fuerte declive del espíritu de oración. Durante los siglos XVIII y XIX continuó la parábola descendente. El declive afectó de modo especial a la oración mental y se sintió con mayor intensidad en la provincia de Filipinas, destinada a ejercer luego un influjo decisivo en la orientación espiritual de toda la orden. Hacia 1760 la meditación era ya un práctica sin relieve en la vida de sus misioneros, dejada casi completamente al arbitrio de cada uno. Hasta en los conventos de Manila, Cebú y Cavite había perdido el puesto de honor que le asignaban las constituciones.

Durante el siglo XIX la orden, confinada a las islas Filipinas, no acertó a contrarrestar el embate de las circunstancias y, arrastrada por ellas, se fue alejando de sus fuentes originarias para buscar inspiración en la espiritualidad sacerdotal e individualista de la época. En el último tercio del siglo XIX afloró una cierta nostalgia del pasado y aparecieron voces que clamaban por un cambio de dirección. La catástrofe que siguió a la revolución filipina dio fuerza a esas voces y ya se pudo pensar en una reestructuración de la vida común, en la que la oración volviera a ocupar un puesto preeminente. No se podía pensar ya en las dos horas diarias de oración mental ni en el rezo nocturno de maitines, y mucho menos en vertebrar la vida de la comunidad en torno a la oración. Pero se insistió en el rezo común del oficio divino, se dio nuevo relieve a la meditación, la que todo recoleto había de dedicar en media hora diaria por la mañana y otra media por la tarde, y se generalizaron prácticas piadosas no previstas por las constituciones, como la exposición dominical del Santísimo, el rosario, el septenario en honor de san José y los meses de mayo, junio y octubre. Estas últimas prácticas desaparecieron casi totalmente al promulgarse las constituciones postconciliares de 1969.

Lo hasta aquí expuesto es casi todo envoltura, circunstancia. A todos nos gustaría traspasar esta corteza para asomarnos al alma del orante para que nos aleccionara con su experiencia sobre temas, métodos y resultados de su oración. Pero éste es todavía un terreno inexplorado, sin ni siquiera indicaciones o senderos que guíen nuestros pasos. Nuestros religiosos escribieron poco sobre sus experiencias espirituales. Y lo poco que escribieron o se ha extraviado o no se ha estudiado con la suficiente detención. Serafín Prado vio en la *Teología mística* de Agustín de San Ildefonso «el manual teórico y práctico de la espiritualidad de los nuestros» y creyó poder deducir de ella el contenido y método de su oración. Pero por desgracia, a los casi cincuenta de su aserto seguimos sin contar con un estudio sistemático de esa obra y, mucho menos, de su influjo real en las comunidades recoletas. De creer al padre Serafín, la meditación recoleta habría seguido la senda

trazada por las *Meditaciones* (apócrifas) y *Soliloquios* de san Agustín, en la que lo afectivo predomina sobre lo intelectual. Al orante recoleto más que el análisis y desmenuzamiento racional del tema meditado le interesa su ponderación cordial, su asimilación para dar inmediatamente rienda suelta a los sentimientos de admiración, gozo, dolor y amor que esa rumia amorosa suscita en su corazón. «Era la *cogitatio amantis* de san Agustín, que el padre Ildefonso prefiere a todas las otras definiciones que se han dado de la meditación».

Alguna confirmación hallan esos asertos, que no sabría si calificar de intuiciones o deducciones, en el ejemplo de Andrés de San Nicolás (†1666), san Ezequiel y Jenaro Fernández. El primero nos dejó un libro de meditaciones cuyo título ya pregona su orientación afectiva: *Passerculi Solitarii Planctus –Lamentos de un pajarillo solitario–*, que últimamente ha sido reeditado y traducido al español (Bogotá 1988). El pajarillo, que no es otro que el pobre pecador, que desde la dispersión exterior peregrina a la llaga del costado, símbolo del corazón donde habita y obra el maestro y médico de las almas. En ese viaje va haciendo escalas en las llagas de Cristo, en las que el *Manual*, un escrito medieval atribuido a Agustín, ya había visto un descanso firme y seguro para enfermos y pecadores. En cada llaga el pecador reconoce su debilidad, detesta sus culpas, llora su iniquidad y encuentra lenitivo a su dolor, pero sólo en la llaga del costado descansa y encuentra el gozo de la patria. Con su cuerpo lacerado y su sangre derramada Cristo ha roto las cadenas que le ligaban al pecado y le tenían prisionero de las pasiones. Le ha limpiado del hombre viejo y le ha revestido del nuevo para que pueda comparecer ante su presencia y ofrecerle un sacrificio acepto. Fray Andrés describe este proceso, que se repite en cada llaga, con finura psicológica y abundante doctrina bíblica, pero, sobre todo, lo envuelve en una catarata de afectos, entre los que predominan la humildad, la confesión de la propia miseria, la súplica, la confianza filial, la gratitud, la adoración, y el reconocimiento de la infinita misericordia de Dios... Si se piensa que la meditación matutina de los frailes versaba muy a menudo los sobre la pasión de Cristo, no parece demasiado arriesgado ver en estos *Lamentos* un reflejo de la meditación de su autor.

La meditación de Ezequiel parte casi siempre del amor de Jesucristo a los hombres, ya sea en su pasión, ya sea en la Eucaristía, ya sea en las diversas manifestaciones de su Divino Corazón. Su recuerdo desencadena en su alma un torrente de sentimientos que no siempre puede reprimir y le hacen prorrumpir en suspiros y coloquios prolongados. Algunos testigos dieron fe de ello en el proceso de beatificación. Más elocuentes son todavía sus propios escritos. En cartas privadas, en pastorales dirigidas al clero y fieles de su diócesis, en sermones y escritos devocionales encontramos ejemplos imparejables del fervor de su oración. Algunas cartas son simples oraciones encendidas en brasas de amor divino. Otras veces es la frialdad e ingratitud con que los hombres responden a ese amor la que embarga de dolor su corazón.

Jenaro se propuso desde niño caminar siempre en presencia de Dios. Para ello se acostumbró a reavivarla con actos explícitos frecuentísimos. En su edad

adulta ya entraba fácilmente en conversación con su Jesús, a quien adoraba, confiaba sus ilusiones, pedía luz y consejo en los momentos oscuros, y a quien se ofrecía a diario en holocausto de amor. Las páginas de su diario y también algunas de cartas rebosan de protestas de amor a Jesús, de apóstrofes cariñosos y requiebros al amado de su alma. Todo ello revela una constante comunicación con Dios y supone largas horas de contemplación amorosa, que, al menos en los últimos años de su vida, partía siempre de una página evangélica.

4.- ¿Cuánto tiempo le dedican (cantidad) y cómo la hacen (calidad)?

La respuesta a la pregunta anterior valdría también para ésta. Pero quizá no esté de más completarla con algún otro detalle. Hasta principios del siglo XIX, en que la Guerra contra los franceses trastornó la vida de la congregación, clausurando sus conventos y dispersando a sus religiosos, los recoletos dedicaron a la oración casi seis horas diarias: dos a la oración mental, otras dos largas a la liturgia de las horas, otra, también larga, a la misa conventual y misas “privadas”, y un cuarto de hora al examen de conciencia y al rezo de completas, seguidas de las antífonas *Nativitas tua* y *Crucem sanctam*. Hacia 1660 la meditación, tanto la matutina como la vespertina, duraba media hora. Las otras dos medias horas eran substituidas, respectivamente, por la misa solemne en honor de la Inmaculada y el canto de la *Salve* y el *Joseph*. El capítulo general de 1666 redujo también a media hora la meditación vespertina de fiestas y domingos. Tras la guerra de la Independencia el tiempo dedicado a oración mermó drásticamente. El oficio divino no recuperó nunca la antigua solemnidad y la oración mental quedó reducida a dos medias horas. A raíz de la desamortización esas dos medias horas sólo se practicaban con fidelidad en las casas de formación de la provincia de San Nicolás (Monteagudo, Marcilla y San Millán) y quizá también en el convento de Manila. En 1888 san Ezequiel llevó consigo esa práctica a Colombia y diez años más tarde los superiores la impusieron en las residencias que comenzaban a surgir en diversas regiones de España y América, aunque en éstas tardaría algún tiempo en arraigar. Con la normalización de la vida de la orden a la primera década de siglo XX esa normativa se generalizó en la orden y sigue vigente hasta hoy.

En cuanto a la calidad sólo añado a lo dicho en la respuesta anterior un par de detalles. En este tiempo la meditación quedó despojada de muchas de las defensas que la habían protegido en tiempos anteriores. De ordinario no se preparan los puntos con la debida antelación ni se cuida suficientemente el silencio exterior e interior previo a la meditación. Desde finales del siglo XIX, en que un prior de Manila impuso la lectura en común de los puntos de la meditación, hasta los días del concilio Vaticano II, la lectura ocupó un tiempo excesivamente largo. En estas últimas décadas todos sabemos que la meditación de la mañana se hace en comunidad, siendo cada uno libre de elegir el tema que más le plazca. Personalmente creo que con cierta frecuencia los criterios con que se eligen esos temas no son muy acertados. El tiempo y otras modalidades de la meditación de la tarde se ha dejado al arbitrio de las comunidades locales.

5. – ¿Hay algún modo agustino recoleto específico para hacer la meditación o la oración mental?

Lo que he dicho anteriormente no permite dar una respuesta positiva, al menos en la actualidad. Si en el pasado hubo al menos una cierta uniformidad en los temas meditados y en la orientación afectiva, hoy reina una heterogeneidad absoluta. Cada uno organiza su meditación con absoluta independencia, según sus gustos y exigencias personales.

6. - ¿Es igual la oración de hoy que la del siglo XVII, cuando nació la Orden?

Ni es ni puede ser. Las ocupaciones de los frailes de hoy son muy diversas de las de los de aquel tiempo. Y no menos diversas son su antropología y su visión del mundo. Hoy sentimos menos la necesidad de orar porque nos creemos más autosuficientes y, por tanto, estamos menos pendientes del cielo. Nos cuesta más sentirnos verdaderos *mendigos de Dios*, que es una actitud que dispone naturalmente a la oración y facilita la adopción de algunos medios ascéticos son absolutamente indispensables para orar con un mínimo de sosiego. Sólo cuando la desgracia se abate sobre nosotros o sobre algo que nos toca personalmente, logramos asimilar y hacer nuestra esa actitud.

7.- ¿Por qué se conoce la espiritualidad teresiana, la de San Juan de la Cruz, San Ignacio de Loyola y no la de los agustinos recoletos? ¿Podría decirnos algunos frailes eminentes por su espiritualidad agustino-recoleta?

Entre los recoletos ha habido hombres de gran talla espiritual, pero de ordinario no han alcanzado mayor proyección, y desde luego ninguno ha dejado una obra comparable a la de esos grandes maestros de la vida espiritual. Pero no conviene olvidar que nuestra tradición espiritual no comienza en el siglo XVI. Se remonta a san Agustín, que también en este campo es nuestro primer maestro. Luego encontramos a Tomás de Villanueva, a Tomé de Jesús o Alonso de Orozco. Los tres se alimentaron del humus espiritual que dio origen a la Recolectión y todos ellos dejaron importantes enseñanzas espirituales, con las que a los recoletos nos resulta fácil sintonizar. Creo que ganaríamos bastante si les prestáramos un poco más de atención. Entre los escritos y figuras espirituales de la Recolectión yo destacaría a los dos primeros mártires del Japón, a Andrés de San Nicolás, Agustín de San Ildefonso, Ezequiel Moreno y Jenaro Fernández. Los beatos Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio ofrecieron a Cristo el supremo homenaje de su amor en un ambiente de alegría cristiana, de unión fraterna y de comunión eclesial que confieren a su testimonio perenne vitalidad. a Andrés de San Nicolás y Agustín de San Ildefonso son quizá los mejores transmisores de la herencia espiritual de la primitiva Recolectión, mientras que Ezequiel Moreno y Jenaro Fernández supieron encarnar sus valores fundamentales en tiempos cercanos a los nuestros.

También el rico legado espiritual de las recoletas está pidiendo una mayor atención. Entre ellas nunca han faltado almas selectas y no pocas de ellas

confiaron a la imprenta sus experiencias oracionales. La primera es, sin duda, la madre fundadora, Mariana de Jesús, en quien tenemos los recoletos un modelo de santidad y una maestra de oración. A su lado se santificaron varias religiosas de las que también poseemos documentación de primera mano. Baste citar a Isabel de la Cruz, confidente de Luisa de Carvajal en los años de su juventud y desde 1604 compañera inseparable de la madre Mariana; y a Inés de la Encarnación, heroína de la caridad y mujer de gran poder de persuasión, que nos dejó un precioso relato de los dones con que Dios fue jalonando su vida. También tenemos relatos autobiográficos de Isabel de Jesús (1584-1648), la humilde pastora de Navalcán, que antes y después de entrar en el convento de Arenas de San Pedro, vivió en continua comunicación con Dios; de su sobrina Isabel de la Madre de Dios, de la que clausura en estos días la fase diocesana de su proceso de beatificación; de Antonia de Jesús, la fundadora de los conventos andaluces; de María de San José (1656-1719), una de las fundadoras de los conventos mexicanos de Puebla y Oaxaca, de la cuya amplísima autobiografía se han publicado últimamente algunos extractos, y otras varias que omito por no alargar demasiado esta lista. Hago una excepción con dos religiosas casi contemporáneas nuestras: la venerable Mónica de Jesús, cuyo proceso de beatificación está muy adelantado, y Guadalupe Vadillo, la gran restauradora de la recolección femenina en México. Los escritos de ambas son ricos en experiencias oracionales y enseñanzas espirituales.

8.- ¿Cuáles son las devociones principales en la Orden?

En sus primeras décadas las principales devociones de los frailes fueron la Eucaristía, la cruz de Cristo y la Virgen María, a las que en la segunda mitad del siglo XVII se añadió la devoción a san José. La piedad eucarística se manifestaba en la celebración diaria de la eucaristía conventual y de las misas privadas de todos los sacerdotes así como en la comunión extraordinariamente frecuente de los religiosos no sacerdotes –unos 130 días al año–. Además recoletos se alinearon entre los defensores de la comunión frecuente y aun diaria de los fieles, y sus conventos acogieron pronto la devoción de las Cuarenta Horas. El Desierto de la Viciosa tenía expuesto el Santísimo 15 horas al día.

También la devoción a la pasión de Cristo arraigó profundamente en los claustros recoletos. La cruz de Cristo era el tema ordinario de su meditación matutina, presidía la desnudez de sus celdas y la mayoría de las salas comunes. Varios conventos se reunían de vez en cuando ante algún Santo Cristo para el canto del *miserere* y los viernes cantaban en su honor la misa de la pasión. El capítulo de 1602 ordenó que todos los religiosos «hiciesen una humilde genuflexión hasta la tierra siempre que pasasen ante la cruz». Desde 1637, al menos, un crucifijo de gran tamaño, con san Agustín arrodillado a sus pies en actitud orante, campeaba en el sello oficial de la congregación. La cruz era para ellos el emblema más fiel de su espiritualidad. En ella resplandecía con brillo sin par la humildad, la pobreza y la abnegación que ellos perseguían.

La *Forma de vivir* no dedica palabra alguna a María y, por tanto, deja intacta la legislación general de la orden. De ello cabría deducir que las comunidades recoletas se contentaron con las prácticas marianas comunes en ella. Sin embargo, no fue ésa la realidad. Su clara tendencia contemplativa les movió a incrementar la frecuencia de algunas devociones tradicionales y a introducir otras nuevas. El mismo día de la profesión todos los religiosos se consagraban a María y le prometían perpetuo vasallaje:

«El nuevo profeso ha de celebrar su profesión en la celda, teniéndola muy limpia y olorosa, y aderezada con flores y puesto en ella un altar pequeño y en él una imagen de Nuestra Señora con sus luces. Al irse a recoger, las encenderá y, puesto de rodillas delante de la imagen, ofrézcase por esclavo suyo, haciendo carta de esclavitud y firmándola, pidiéndola le reciba debajo de su amparo para defenderse del enemigo y que le alcance gracia de su santísimo hijo para perseverar en la guarda de los votos».

De la tradición agustiniana heredaron la *Benedicta*, una especie de nocturno mariano, la antífona *Nativitas tua* que concluía el rezo de completas, y la procesión de la correa, que se celebraba los cuartos domingos de mes en los conventos que tuvieran instalada la cofradía. Desde 1602 todas las comunidades cantaban la misa sabatina en honor de la Virgen y hacia 1630 comenzaron a entonar todos los sábados la salve, que el capítulo de 1660 extendió a las nueve principales fiestas de la Virgen. Dieron mayor realce a la fiesta de la Inmaculada, convirtiéndola en día de comunión obligatoria. Poco después comenzaron a rezar su «todos los sábados, excepto los de adviento y cuaresma, vigiliias, cuatro témporas y los que estuvieren impedidos con fiestas de nueve lecciones». Los recoletos colombianos comulgaban todas «las fiestas de Nuestra Señora», preparaban su celebración con un día de ayuno y las solemnizaban con una hora más de oración mental.

Las constituciones de 1912 añadieron la recitación diaria del rosario, y las de 1928, el ejercicio mensual de los cuartos domingos en honor de la Consolación. Ninguna de las dos prácticas era nueva en la orden, pero sólo en las fechas indicadas ingresaron en su cuerpo constitucional.

Otro síntoma de su fervor mariano lo encontramos en los numerosos conventos que se acogieron al patronato de la Virgen. La primera comunidad se instaló en el convento que san Alonso de Orozco había dedicado en 1566 a nuestra señora de la Paz; y las dos siguientes se formaron a la sombra de sendas ermitas marianas. La del Portillo se acomodó en la ermita de Nuestra Señora de la Fuen Santa, patrona de la villa; y la de Nava del Rey, en una ermita retirada que la villa había construido en honor de la Inmaculada.

Durante los siglos XVII, XVIII y XIX la orden no manifestó mayor interés por difundir los títulos marianos propios de la orden, como podían ser la Virgen de Gracia, Nuestra Señora de la Consolación o la Virgen del Buen Consejo. La mayoría de las comunidades prefirió cultivar la devoción a imágenes o

advocaciones marianas asociadas a su propia historia particular o a las regiones en que estaban enclavadas.

En España las advocaciones más comunes fueron las de Copacabana, el Pilar y el Niño Perdido. La primera llegó del Perú a mediados del siglo XVII por medio del padre Miguel Aguirre. La virgen del Pilar era la patrona de la provincia aragonesa desde su erección en 1621 y, según se expresa el vicario general de la congregación en 1743, apenas había en ella «convento donde no se venere vuestra imagen con especial devoción». Recibía culto especial en el colegio de Zaragoza, que se alzaba junto a la basílica, y en los conventos de Barcelona, Benabarre, Valencia, Zuera, Madrid y Valladolid. La del Niño Perdido, tan amada de san Vicente Ferrer, llegó a Caudiel desde Valencia en 1627 y desde allí su devoción se propagó por toda la provincia de Aragón. En Filipinas la advocación preferida fue siempre la Virgen del Carmen. Llegó a Filipinas en el primer tercio del siglo XVII de mano de los recoletos, quienes desde Manila la difundieron luego por todo el archipiélago. En Colombia reinó y continúa reinando incontrastada la Virgen de la Candelaria,

En el siglo XIX se hizo un hueco en el corazón de muchos religiosos la devoción a la Virgen del Camino, la patrona de Monteagudo, que durante decenios fue el único noviciado de la orden. Los frailes la honraron con la construcción de templo y convento nuevos, la atención esmerada a sus devotos y la celebración solemne de la novena y del mes de mayo. Ya en 1829 Manuel Castro dio a las prensas una hermosa novena de claro sabor bíblico. El himno compuesto en 1915 por el padre Alejandro Osés (1895-1955) conserva intacto su frescor juvenil. En 1948 el definitorio de la provincia de San Nicolás, que atribuía su supervivencia a la protección de la Virgen del Camino, acordó gestionar en Roma su coronación canónica. Seis años más tarde, en pleno año mariano, vio coronados sus esfuerzos en una solemne ceremonia presenciada por miles de fieles y 143 frailes recoletos. En ella el prior general leyó un acto de consagración de la orden a su querida imagen. La comunidad de San Millán manifestó su amor a María en sus desvelos por restaurar el vecino santuario de Valvanera.

Se podrían recordar otras advocaciones y manifestaciones de fervor mariano, pero lo dicho basta para entrever el fervor mariano que siempre ha acompañado a los recoletos.

El culto litúrgico a san José se añadió san José en la Iglesia occidental es muy tardío. Sólo en el siglo XV introdujo su memoria en el misal (1479) y en el breviario (1499) y todavía esperó más de un siglo para declararla fiesta de precepto (1621). Entre los recoletos de la primera época fue una devoción personal, sin mayores reflejos en la vida devocional de las comunidades. Con todo, ya en 1616 los recoletos filipinos obtuvieron la gracia del jubileo para el día de su fiesta, los fundadores de los conventos de Panamá (1612) y Toledo (1617) se acogieron a su patrocinio (1617) y otros conventos, como Madrid, La Viciosa o el Desierto de La Candelaria le dedicaron capillas, ermitas o altares.

El principal propagador de la piedad josefina entre nosotros fue el padre Gabriel de la Concepción. Durante su generalato (1630-34) introdujo el canto del

Joseph todos los sábados del año, que tras la poda del año 1968 es hoy la única reliquia del antiguo culto de la orden al santo. También se preocupó de publicar un librito para divulgar su devoción entre los fieles. Hacia 1650 la orden añadió su conmemoración en la misa sabatina en honor de la Virgen comenzó a celebrar con solemnidad la fiesta del 19 de marzo. El ceremonial de 1664 quería que todo religioso se consagrara al santo el día de su profesión religiosa y cinco años más tarde el capítulo general de 1699 lo declaró protector especial de la congregación. A partir de esa fecha la orden ha manifestado su amor al santo levantando iglesias en su honor, difundiendo su culto en libros, folletos y novenas, organizando cofradías entre las que alcanzó especial prosperidad la establecida en Manila en el siglo XIX, y reservándole un puesto de privilegio en su vida devocional, de la que fueron expresión la misa cantada de los 19 de cada mes y la celebración de sus dolores y gozos durante los siete domingos anteriores a su fiesta litúrgica. En momentos difíciles, como la revolución filipina de 1898 y la sucesiva expansión de la orden por América del Sur los frailes lo tuvieron especialmente presente.

Entre los santos de la orden los más venerados han sido san Agustín, santa Mónica, san Nicolás de Tolentino y, en los últimos tiempos, santa Rita.

Gran parte de todas estas devociones pertenece ya al pasado. El capítulo general de 1968 en su afán de «racionalizar» la vida de piedad de la orden, liberándola del lastre acumulado a lo largo de los siglos, hundió demasiado el bisturí y se olvidó de las razones del corazón, dejándola un tanto a la intemperie.

9.- ¿Es posible ser santo siendo agustino recoleto? ¿Cómo?

No creo que ningún agustino recoleto dude a la hora de responder a la primera parte de la pregunta. El simple hecho de ser una orden aprobada por la Iglesia nos asegura de que es un camino apto para alcanzar la santidad. Y la historia nos confirma en esa creencia. En todos los siglos, pero de modo especial en el primero, ha habido agustinos recoletos que han seguido de cerca a Jesucristo y han servido heroicamente a los hombres, predicando el evangelio y tratando de aliviar la vida de los hombres a su paso por este mundo. Ha habido centenares de mártires, desde Miguel de la Madre de Dios, protomártir de las misiones filipinas (1606), hasta la comunidad de Motril casi al completo en 1936 y los cinco religiosos chinos víctimas, entre 1958 y 1989, del hambre, del frío y de los trabajos forzados en la China de Mao, pasando por los mártires del Japón y Urabá (Colombia) en 1632. Otros consagraron su vida al servicio de los leprosos, como el Simeón Díaz (1896-1980), que convivió más de medio siglo con los internados en la isla Providencia en Maracaibo; otros no dudaron en sacrificar su vida para salvar la de sus fieles, como Jesús Pardo en Lábrea (1955) o Román Echavarrri en Marajó (1981); otros se santificaron en la cátedra y en la formación de los jóvenes religiosos, como Juan Gascón en Monteagudo y Marcilla († 1884) y Eugenio Cantera († 1956) en Monachil, o en el ministerio parroquial como Juan Pérez de Santa Lucía († 1864) y Melchor Ardanaz († 1921) en Filipinas, Pedro San Vicente († 1915) y Luis Goñi († 1951) en Venezuela o Santos Ramírez en Brasil († 1934); otros, en fin, como Juan de la Magdalena († 1657) y Santiago Fernández Melgar

(† 1784), alcanzaron las cumbres de la contemplación entre los quehaceres domésticos.

Una cierta incuria en el cultivo de lo propio, la situación anómala de la comunidad durante el siglo XIX y las limitaciones jurídicas que arrastró hasta 1912 no favorecieron la apertura de procesos que apuraran la santidad de nuestros hermanos y privó a la orden de ver en los altares a algunos de sus hijos. A mediados del siglo XIX fueron beatificados Francisco de Jesús y Antonio de San Vicente y ya en el siglo XX hemos asistido a la glorificación de los otros dos mártires del Japón y de los siete de Motril. Y, sobre todo, se realizó el sueño de ver en los altares al padre Ezequiel Moreno, un religioso que encarnó en grado heroico los aspectos fundamentales de la vida agustino-recoleta en las tres naciones en las que entonces estaba presente al orden (Filipinas, España y Colombia) y en funciones tan diversas como las misiones, la formación, el gobierno y la responsabilidad episcopal.

Actualmente la orden espera la glorificación de cuatro hijos suyos. Son cuatro religiosos de carácter y biografía muy diversos, y eso ya me ayuda a responder a la segunda parte de tu pregunta. Ignacio Martínez († 1942) se santificó en las soledades inmensas de Lábrea, dedicado en cuerpo y alma a la evangelización de sus pobres y escasos habitantes, muriendo solo, sin la compañía de un hermano que cerrara sus ojos y elevara al Señor una plegaria por su alma. Mariano Gazpio († 1989) se adentró por los caminos de la santidad en las misiones de China y prosiguió con paso expedito en los claustros de Monteagudo y Marcilla. Alfonso Gallegos († 1991) la alcanzó entre la juventud violenta y desorientada de las barriadas de Los Ángeles; y Jenaro Fernández († 1972), entre papelotes de archivo, al lado de los enfermos y pobres de los barrios bajos de Roma y tramitando expedientes o redactando votos para las congregaciones romanas. Los agustinos recoletos, pues, al igual que todos los cristianos pueden santificarse en cualquier parte del mundo y desempeñando cualquier clase de trabajo. La clave está, como siempre, en el amor que mueve su vida, en la abnegación de sí mismo y en la apertura a la voz de Dios y al grito de los hermanos. Si preguntas por un patrón o un estilo de santidad que quepa considerar como más propio de nuestra tradición, temo defraudarte. Dudo de que exista. Quizá existan algunos rasgos que no faltan en ninguno de nuestros santos. Son el silencio, la sencillez, la humildad y el cumplimiento fiel y callado de sus deberes comunitarios y pastorales. La humildad salta a la vista incluso en religiosos que nadie ha pensado en elevar a los altares, pero que el pueblo y los religiosos que convivieron con ellos siempre los tuvieron por santos. Los ya recordados Pedro San Vicente y Santos Ramírez son dos buenos ejemplos.

La historia ciertamente nos da luz para conocer mejor la espiritualidad agustino-recoleta y suscita en nosotros la inquietud para hacer hoy también propuestas de vida y santidad que nos impulsen a la contemplación, a la comunión fraterna y a la misión evangelizadora.

Padre Ángel, esperamos hacerle pronto más preguntas. Gracias por su trabajo al servicio de la Orden y por su disponibilidad al colaborar con el portal de la Orden: www.agustinosrecoletos.com

Datos biográficos

Ángel Martínez Cuesta

Nació en Brullés, Burgos, España, el 26 de septiembre de 1938. Desde 1949 a 1956 cursó los estudios secundarios en los seminarios que entonces los agustinos recoletos regentaban en Lodosa (Navarra) y Fuenterrabía (Guipúzcoa). Hizo el noviciado en Monteagudo (Navarra) e hizo la profesión simple el 14 de septiembre de 1957. Realizó los estudios eclesiásticos en la casa de formación de Marcilla, Navarra, donde fue ordenado sacerdote el 29 de septiembre de 1961.

Después de estar un año en Manila, Filipinas, en 1962 comenzó los estudios de Historia Eclesiástica en la Universidad gregoriana de Roma, donde obtuvo la licencia (1964) y el doctorado (1972) con una tesis sobre la historia socio-religiosa de la isla de Negros, que fue premiado con la medalla de oro de la Universidad.

Desde 1962 reside en Roma, dedicado a la investigación de la historia y la espiritualidad de la Orden. Durante más de cuarenta años ha cuidado del Archivo General de la Orden y durante treinta años ha dirigido el Instituto Histórico de la Orden. En 1978 fundó la revista *Recollectio* de la que es director.

Entre sus obras, además de la tesis doctoral publicada en inglés en 1980, cabe destacar la biografía del entonces beato Ezequiel Moreno, *El Camino del deber* (1975); el primer volumen de la *Historia de los Agustinos Recoletos* (1995); la edición en cuatro volúmenes del *Epistolario de san Ezequiel Moreno* (2006); la biografía en italiano y español del Padre Gennaro Fernández, *Se non sono santo, per cosa voglio la vita?* (2008); la redacción de numerosas voces para el *Dizionario degli Istituti di Perfezione* (1974-2002) y frecuentes contribuciones en revistas de ciencias eclesiásticas, especialmente *Recollectio*. Actualmente está preparando el segundo volumen de la *Historia de los Agustinos Recoletos*.